



## JESÚS GONZÁLEZ ORTEGA.

1824-1881

**N**ACIÓ el caudillo reformista cuya biografía vamos á trazar lo más brevemente que nos sea posible, en la Hacienda de San Mateo, Partido del Fresnillo, Estado de Zacatecas, el año de 1824, siendo sus padres el Sr. D. Laureano González y la Sra. Doña Francisca Ortega.

De su niñez y juventud se sabe poco y sólo nos es dado decir que no pudo terminar en Guadalajara la carrera literaria que había elegido, porque importantes negocios particulares le llevaron á Teul, donde permaneció consagrado á ellos algunos años.

También podemos consignar que era algo inclinado al cultivo de las musas y que tanto antes de figurar en la escena política, como ya haciendo principal papel en ella, publicó en diversos periódicos defensas apasionadas y categóricas de sus opiniones.

Cuando el pronunciamiento de Guadalajara en Julio de 1852, solicitando el regreso de Santa-Anna al país, mientras Arista vacilaba en la Capital y los Estados comenzaban á secundar el movimiento revolucionario, se unió González Ortega con el coronel D. José María Sánchez Román, y desarmaron una fuerza permanente que de Durango acudía presurosa en auxilio de los sublevados de Jalisco. Así se inició en la vida pública quien había de llegar á mandar en jefe las denodadas huestes liberales.

Santa-Anna estableció cínicamente su odiosa dictadura sobre los fatigados miembros de la patria exánime, y una de sus primeras víctimas iba á ser naturalmente González Ortega, que sólo merced á su popularidad y á sus excelentes relaciones amistosas se vió libre de la tiránica orden de persecución contra él fulminada. Triunfó el plan de Ayutla, y el Sr. D. Victoriano Zamora, Gobernador de Zacatecas, le nombró prefecto de Tlaltenango, siendo á poco electo diputado al Congreso Constituyente, honroso cargo que no llegó á desempeñar.

En 1857 fué designado en las ánforas populares para ocupar una curul en la Legislatura que debía constituir el Estado de Zacatecas conforme al nuevo orden de cosas, teniendo oportunidad con tal motivo, de protestar,

en unión de sus compañeros los Lics. José María Castro y Francisco Parra, contra el golpe de Estado que acababa de abrir para la República una sangrienta era de calamidades y trastornos.

Comonfort fué lanzado por sus propios cómplices, y éstos, contando á discreción con las bien repletas arcas del clero, organizaron un ejército que al mando del general Osollo avanzó rápidamente hácia el Interior y derrotó en Salamanca al general Parrodi, jefe de la coalición antirreaccionaria.

Este desastre y la derrota de Vidaurri en Ahualulco, ocasionaron tal desmoralización y alarma en el bando liberal, que el Gobernador á la sazón de Zacatecas, Lic. Parra, dejó acéfalo el gobierno, recayendo éste por ministerio de la ley en el Sr. González Ortega, quien reconoció en el acto al Gral. D. Santos Degollado como centro de toda operación militar y como único representante legítimo del gobierno republicano. Al aproximarse el ejército vencedor en Ahualulco, con fuerzas muy superiores y un inmenso tren de artillería, evacuó la ciudad con el propósito deliberado de poner en salvo los elementos de guerra que había logrado acumular en el breve tiempo de su interinato. Pagó los compromisos que soportaba el erario; organizó nuevas fuerzas para repeler las gavillas reaccionarias; decretó que los que reconociesen capitales piadosos redimieran el 2 p<sup>o</sup> en favor de las rentas públicas; sujetó al juicio ejecutivo por jurado á los ladrones; suprimió las oficinas inútiles; suspendió los empleados ineptos; prohibió que los jefes militares exigiesen dinero y caballos sin orden superior; impuso penas severísimas á cuantos auxiliasen ó sirviesen al llamado gobierno de Zuloaga, y descolló en suma, desde luégo, como hombre de administración, enérgico, probo, inteligente y patriota.

D. Joaquín Miramón con 2,000 hombres de los vencedores en las Barrancas, ataca á Zacatecas, vuelta á ocupar por González Ortega: éste, que sólo contaba con 200 de fuerza medianamente disciplinada, en tres días improvisa un ejército de 10,000, armado con cuchillos y

pedras, y en 48 horas de reñido combate, hachuir derrotado, en el silencio de la noche, hachia Aguascalientes, al jefe tacubayista.

Largo y difuso sería referir uno á uno los diversos hechos de armas que con vária fortuna sostuvo el caudillo zacatecano contra las tropas reaccionarias: ora victorioso, ora derrotado, condujo con gloria su legión de patriotas desde Zacatecas hasta Durango, y desde Durango hasta Aguascalientes.

Una vez, en un encuentro de poca entidad, cayó en sus manos D. Manuel Ignacio López, amigo suyo de la infancia que militaba bajo las banderas enemigas. López fué condenado á muerte por un tribunal competente, conforme á la ley, y después de interponer muchas influencias ante el jefe liberal para salvarse, solicitó de él una entrevista, en la que intentó los más sobrehumanos esfuerzos.—Pues bien—le dijo para terminar González Ortega—no soy yo quien te condena, ni yo puedo tampoco salvarte. Si no tienes el valor suficiente para morir, después de haber sostenido la causa de los malos mexicanos, yo pondré por tí mi pecho á las balas. López abrazó enternecido á su amigo y se despidió de él. Media hora después se oyó una descarga.

Los fusilamientos de Tacubaya el 11 de Abril vinieron á probar en otro sentido la energía y el temple de alma de González Ortega, pues al tener noticia de aquella horrible hecatombe, manda aprehender al clero de Irapuato, le hace vestir la blusa característica del chinaco y le incorpora en su ejército.—Es preciso—exclama—que ese clero que predica y santifica el derramamiento de sangre, sepa personalmente lo que es la guerra civil.

Y marcharon, fusil al hombro, los clérigos de Irapuato. Promulga en seguida las leyes de Reforma en Zacatecas, declarando propiedad del Estado los bienes del clero, exclaustando á los frailes y estableciendo el matrimonio civil. Y no sólo esto, sino que amenaza con la pena de muerte á los eclesiásticos que exijan la retractación del Código de 57 y á los que de palabra ó por escrito, propaguen máximas ó doctrinas contrarias á la forma de gobierno establecida, ó á la obediencia de las leyes y autoridades legítimas.

Expide semejantes disposiciones, no con el apoyo moral de una victoria, sino tras los acontecimientos de Tacubaya y ante la noticia de la desgracia que persiguió al ilustre Gral. Degollado. ¡Hombre indomable y viril, responde á los golpes de la adversidad con actos de audacia y firmeza de principios! En Durango, el cabildo eclesiástico le ofrece \$2,000 para los gastos de la guerra, pero al día siguiente se evaporaron los señores canónigos y no hu-

bo con quién entenderse para exigir el cumplimiento de la promesa. Entonces González Ortega manda abrir la catedral, extraer cuanta plata y oro contiene, y dispone su inmediata acuñación. De esta manera cayó en sus propias redes el cabildo duranguense.

A D. León Guzmán que le proponía un proyecto de circunstancias, una combinación política más ó menos conveniente, pero anticonstitucional, le respondió:—Comprendo, señor, los patrióticos móviles de lo que se me propone; pero romper en estos momentos la bandera de nuestra legitimidad, es un verdadero suicidio político. ¡Que no haya escisiones en el seno del partido liberal y el triunfo es nuestro!

Derrotado en Salinas, pierde de nuevo á Zacatecas, y es nombrado general de brigada, pero no acepta: no tiene ni quiere grado militar ninguno. El 24 de Abril de 1860 ganó el Gral. Uruga la memorable batalla de Loma Alta, quedando prisionero en su poder un ejército entero, con su jefe D. Rómulo Díaz de la Vega; mas á poco tiempo el mismo Uruga cae en Guadalupe en manos de Miramón y propone un canje González Ortega al jefe reaccionario, que no aceptó éste "considerando que sería atizar verdaderamente la guerra civil, volver á poner en juego ciertos elementos que deben alimentarla y que se ha conseguido quitar al enemigo." Al saber esto González Ortega lo puso en conocimiento de Díaz de la Vega, dándole su libertad sin condiciones, lo mismo que á los demás prisioneros, y quinientos pesos para todos. Aunque obró así bajo su responsabilidad el jefe constitucionalista, fué aprobada su conducta, como merecía, por Degollado. Rasgos de esta naturaleza no figuran en la historia del partido conservador, que siempre hizo alarde de un extraordinario y sangriento lujo de crueldad é intransigencia. Miramón tomó posiciones frente á Sayula: Ramírez y Cajén, con una brillante división de fuerzas victoriosas y un gran tren de artillería de grueso calibre, marchan á unirse. González Ortega les sale al encuentro: coloca sus infanterías entre los Estados de Aguascalientes y San Luis, y á la cabeza de 600 caballos se presenta al enemigo, dando principio un horroroso combate, sostenido por espacio de 40 leguas hasta que la caballería liberal quedó destrozada, sin que por eso el enemigo hubiese obtenido ninguna ventaja. Se sitúa éste en la Hacienda de Peñuelas y González Ortega, con sus tropas colecticias, mal disciplinadas, inferiores en número, y con una sola pieza de artillería (que se inutilizó al comenzar la batalla), pernocta en Aguascalientes.

El día 15 de Julio de 1860 al primer albor del día, tres hombres, montados en magníficos caballos, llegan galopando á las orillas de

Peñuelas. Uno de ellos reconoce con su anteojo el campo que tiene delante y volviéndose hacia los que le acompañan, diceles:—¿Quién de ustedes conoce el terreno?—Yo—responde uno de ellos.—Pues—replica el primer interlocutor—tendido el enemigo en batalla frente á la posición que ocupamos en este momento ¿por cuál de sus flancos podría dársele una carga de caballería?—Por ninguno: los vallados y barrancos lo imposibilitarían.—No importa; nos queda la retaguardia; y aunque ha elegido ventajosamente su campo, le daré la batalla. Mis órdenes son las siguientes.....

Y retornan los tres jinetes por donde habían venido. Eran D. Jesús González Ortega, el Gral. D. Francisco Alatorre y el Coronel D. Miguel Auza. Comienza á poco el combate. Las infanterías constitucionalistas sufren el fuego de la artillería sin contestarle: la caballería da un largo rodeo: González Ortega es blanco de las punterías enemigas y las balas de cañón pasan cerca de su cabeza ó abren surcos á los pies de su caballo. Dos horas y media ha durado el combate reñidísimo: el jefe republicano se pone al frente de la caballería y atacando por la retaguardia al enemigo, según su plan audaz, á la vez que las infanterías se arrojan á la bayoneta sobre la artillería, decide el éxito de la batalla. Levanta el campo y entierra con los honores de generales de División en Aguascalientes, á los jefes y oficiales muertos del enemigo, entre los que se cuenta D. Florentino Muñoz, que después de la batalla de Salinas hizo colocar el cadáver desnudo del infortunado Sánchez Román en una mula y pasearle como objeto de irrisión y vilipendio.

Según el parte oficial quedaron en poder del paladín victorioso más de 1,000 prisioneros, gran tren de carros con parque, más de 200 acémilas; todo el armamento del ejército vencido, las banderas y diez piezas de artillería. Murieron en la acción los capitanes republicanos D. Miguel Palacios, D. Rafael Arriola y D. Cosme Villagrán. Repitieronse las proposiciones de canje á Miramón, que las rechazó de nuevo, por lo que los prisioneros de Peñuelas fueron puestos en libertad con los recursos más indispensables á su viaje. Después del brillante triunfo referido, se ofrecieron á las órdenes del heróico caudillo los Gales, Carbajal y Doblado. Interrogándole el segundo sobre su plan de campaña:—Pelear donde y como quiere el enemigo—contestó González Ortega.

Tal es la divisa y programa de toda su carrera militar.

Ocupa á Lagos y da organización provisional al ejército: una de las divisiones queda al mando del Gral. Alatorre; la otra al del Gral. Lamadrid y la caballería al del Gral.

Carbajal. Don Ignacio Zaragoza es Cuartel Maestro del ejército. Doblado y Berriozábal permanecen en el mando de sus respectivas fuerzas. González Ortega, simple particular, queda mandando en jefe. Así el ejército del pueblo, defensor y sostén de las instituciones democráticas, está á las superiores órdenes de un patriota ciudadano, brotado al calor de los acontecimientos, de la masa misma del pueblo cuyos sagrados intereses sostiene en la contienda.

Se aproxima la catástrofe final, pero antes se verificará todavía otro episodio trágico. Don Miguel Miramón establece su campo en Silao; el ejército liberal avanza hacia él y el 9 de Agosto se avistan ambas huestes. Por la primera vez, como Gustavo Adolfo y Wallenstein en Lützen, iban á encontrarse los dos guerreros más notables de los dos partidos beligerantes, si bien, á diferencia del héroe sueco que murió sin presenciar su victoria sobre el general austriaco, González Ortega, más feliz, estaba destinado á presenciar la suya sobre el intrépido campeón del retroceso.

"Miramón—dice un biógrafo anónimo—que sólo ante lo imposible retrocedía, como en Veracruz, y sólo después de intentarlo se había retirado; Miramón, que personalmente jamás había sido derrotado y cuya posición, difícil sólo era causada, fuera de la impopularidad de su partido, por las derrotas de otros jefes; Miramón, con todo su prestigio de audacia, valor y conocimientos militares, con buena artillería y mejores soldados, iba á luchar cuerpo á cuerpo, con el vencedor en Durango, Aguascalientes, Zacatecas y Peñuelas, con el que habían proclamado los suyos valiente entre los valientes, aunque jamás había pisado una escuela de táctica ni un colegio militar. Y esa lucha homérica iban á presenciarla, no sólo algunos miles de hombres, sino los Estados, la nación entera.... Era un reto de vida ó muerte.... El combate debía ser, pues, solemne y terrible."

González Ortega reconoce el campo la tarde del mismo día 9, toma posiciones y permite que el enemigo observe sus movimientos. Llega la noche y rápidamente hace que el Gral. Zaragoza cambie la posición de la artillería y las caballerías, y las tenga dispuestas á entrar en acción en la madrugada.

El enemigo no ve las bocas de los cañones á 30 metros que distan únicamente de él, por impedirselo un profuso maizal de que ha sacado grandísima ventaja el jefe republicano. González Ortega, atravesando una llanura pantanosa, mueve á la vez las infanterías, y en suma, todo el ejército liberal, pro-

tegido por las sombras de la noche, cambia sus posiciones del día anterior, colocándose a poca distancia, frente de la línea del enemigo, sin que éste lo sintiera. El táctico de escuela, el militar de ciencia y experiencia, ha sido derrotado, desde la víspera de la batalla, por su humilde adversario, soldado del pueblo, sin pretensiones ni conocimientos técnicos.

Al amanecer el 10 se rompen los fuegos por ambas partes. Ordena González Ortega que se formen dos fuertes columnas, una al mando de Alatorre y de Zaragoza la otra: ordena también desplegar las banderas de los cuerpos, y descubriéndose en medio de la metralla, vitorea á la Libertad y á la Constitución de 57. Después de tres horas de sangrienta lucha, Miramón, el invicto, el estratégico, el triunfador, quedó completamente derrotado, dejando en poder del vencedor, su inmenso tren de artillería, sus armas, sus municiones, las banderas de sus cuerpos y centenares de prisioneros, incluso en éstos algunos generales y multitud de jefes y subalternos, que fueron puestos en libertad, no obstante hallarse entre ellos muchos que habían ya gozado de igual gracia después de las acciones de Loma Alta y Peñuelas; rasgo de humanidad y nobleza, dice el Sr. Vigil, que honra en gran manera al jefe vencedor.

La derrota de Miramón en Silao trajo como consecuencia la ocupación de Guanajuato y todo el Bajío por el ejército constitucionalista. González Ortega pensó dirigirse inmediatamente sobre la Capital de la República, á cuyo efecto envió una circular á los representantes extranjeros, manifestándoles que lo ponía en su conocimiento á fin de evitar reclamaciones por los perjuicios que pudieran sufrir sus respectivos nacionales.

Cambióse empero de parecer y el ejército retrocedió rumbo á Guadalajara, ciudad que sitió formalmente, tras algunas escaramuzas de menor ó mayor trascendencia, verificadas en el trayecto. Zaragoza tomó el mando en jefe de las tropas, por enfermedad de González Ortega, que recibió el nombramiento de jefe supremo del ejército y su despacho de general de brigada.

Restablecido de sus males después de la toma de Guadalajara, se pone al frente de las fuerzas, cuya avanzada había sufrido un considerable descalabro en Toluca. La hora del completo triunfo había sin embargo y sonado ya y pronto los laureles de Silao iban á refrescarse en nueva y decisiva batalla campal. La mañana del 22 de Diciembre se encontraron ambos ejércitos en las lo-

mas de San Miguel de Calpulalpam, fuerte de reaccionario de 8,000 hombres y 30 cañones, y de 11,000 el liberal y 44 piezas de artillería. La línea de las dos huestes era extensísima: González Ortega ocupa el centro de la suya y Zaragoza el ala izquierda, frente á las mejores tropas del enemigo. Miramón principió el combate, atacando con un brío furibundo á sus contrarios, mientras que su hermano D. Mariano con mil caballos trataba de envolver á Zaragoza; pero á la vez que gran parte de estos dragones se pasaron á las filas liberales, manda González Ortega formar una fuerte columna de infantería á las órdenes de Alatorre, hace que los artilleros arrastren á brazo las piezas, previene al Gral. Mena que en el acto que se mueva la columna proteja su flanco con las caballerías y ataca furiosamente el ala izquierda de Miramón. Las caballerías de Mena lejos de obedecer á su jefe, huyen á un cerro inmediato, lo cual observado por González Ortega, vuela en su seguimiento, alcanza á cosa de 200 caballos y logra con voz estentórea hacerlos contramarchar, mientras que Zaragoza con su proverbial valor se sostiene por milagro en su difícilísima situación. Deshecha el ala izquierda del enemigo, González Ortega ataca rápidamente el centro, le hace pelazos y cae como torrente sobre la retaguardia, al mismo tiempo que los Grales. Zaragoza, Alamberrí, Lamadrid y Régulas cargan con ímpetu sobre el frente del ejército reaccionario, cuyos últimos restos fueron completamente aniquilados.

Miramón con unos cuantos jefes se volvió á la Capital, trayendo la noticia de la derrota, en que había perdido toda su artillería, trenes, municiones y soldados. Indescriptible fué el pánico y desconcierto que se apoderó de los conservadores en la metrópoli al saber el tremendo desastre sufrido por su ídolo, lugarteniente y cuasi régulo. El 25 entró el ejército constitucionalista en México. González Ortega expidió un manifiesto ofreciendo toda clase de garantías á los habitantes del Distrito, y por disposición también suya, á fin de que se pudieran ver en su conjunto las tropas que acababan de coronar con la victoria la revolución reformista, el 1.º de Enero de 1861 verificaron una entrada triunfal más de 28,000 hombres de las tres armas.

Después de la descubierta iba González Ortega con el Estado Mayor del Ejército, rodeado de diversos clubs con estandartes rojos. El Ayuntamiento que había salido á recibirle, le encontró en la calle del Puente de San Francisco, y á su vista se bajó del caballo el general y contestó un discurso que en nombre de la corporación le dirigió D. Francisco M. del Castillo, poniendo en sus manos el estandarte de la ciudad, como un honorífico testimonio de res-

peto y gratitud. En el trayecto fu encontrado entre la muchedumbre el caudillo á los Sres. Degollado, Ocampo, Mata, La Llave y Berriozábal, y á todos los vitoreó, principalmente al primero, á quien hizo salir de las filas de entusiastas ciudadanos, abrazándole con efusión y asegurándole que él era el más merecedor de aquella ovación por su constancia, su fe y sus eminentes servicios. La iluminación de la ciudad fué por la noche espléndida y el regocijo unánime y espontáneo.

Al formar Juárez su gabinete, nombró ministro de la Guerra á González Ortega, que renunció luego por creer que la opinión pública sería hostil al ministerio y negarse el Presidente á modificarlo. Juárez aceptó de plano la renuncia y se negó á recibir de él que no la aceptase. El Sr. Vigil elogia debidamente tanto la digna firmeza de Juárez, cuanto la abnegación patriótica de González Ortega, que supo contenerse no obstante la profunda herida que había recibido en su amor propio.

Ocampo, Degollado y Leandro Valle sucumben uno tras otro á la sanguinaria y feroz venganza de los cabecillas conservadores. González Ortega es nombrado por el Congreso Presidente interino de la Suprema Corte de Justicia, pero antes de otorgar la protesta, acude con 3,000 hombres en persecución de Márquez y Zuloaga, á quienes alcanza en Jalatlaco, con 2,500, y los derrota completamente, tomándose todo su tren de guerra, parque y armamento. Se celebró este triunfo con salvas de artillería, músicas y festejos de todas las clases sociales. Prestó ante la comisión permanente la protesta de ley y algún tiempo después renunció el cargo de jefe del ejército de operaciones, sin negarse por eso á prestar sus valiosos servicios en la injusta guerra á que nos provocaba Francia, cuyas tropas, rompiendo los tratados de la Soledad, avanzaron sobre Puebla, donde el 5 de Mayo de 1862 obtuvo sobre ellas el Gral. Zaragoza la inmortal victoria que probó ante el mundo el valor y el patriotismo de los hijos de México.

Después de este suceso, el ejército francés se replegó á Orizaba, y conforme al plan de Zaragoza, jefe del Ejército de Oriente, González Ortega con su División debía ocupar el cerro del Borrego á las once y media del día 13 de Junio; pero no habiéndolo hecho hasta en la noche se dirigió el ataque para el 14. González Ortega ocupó pues la cumbre de la inexpugnable eminencia, mas una india reveló el movimiento á Lorencez, y Diétric con dos compañías sorprendió la posición mexicana entrando en desorden la brigada, que perdió 400 hombres y se retiró sin más perjuicio á Santa María. No

hubo, pues, el completo desbandamiento, como se ha propalado, de las tropas de González Ortega, que constaban de siete batallones de infantería, sino la simple pérdida, aunque notoriamente adversa para la hábil combinación de Zaragoza, de un inmejorable punto estratégico. El vencedor del 5 de Mayo atacó siempre con arrojo á Orizaba, penetrando con sus columnas hasta el convento de San José, pero tuvo que retirarse por falta del concurso que le era indispensable de la brigada sorprendida, y á poco tiempo falleció de fiebre, siendo reemplazado en el mando del Ejército de Oriente por el Gral. González Ortega.

El 22 de Diciembre del mismo año llegó Forey á Veracruz con numerosas fuerzas y publicó una proclama que remitió junta con una atenta carta, al jefe mexicano, suponiéndole capaz de una traición: González Ortega le contestó con gran dignidad, significándole, no sólo su cariño personal al Presidente Juárez, sino su completa adhesión á las instituciones democráticas, por las cuales empuñaba las armas, y su decidido propósito de sostener limpio el honor de su patria. Avanzó Forey con 36,000 soldados sobre Puebla, donde se había fortificado el jefe mexicano con 20,000. El 16 de Marzo de 1863 comenzó el sitio, que duró 62 días de portentosa lucha. El ejército francés sólo ocupaba ruinas después de inauditos esfuerzos y enormes pérdidas. El perímetro de los sitiados al cabo de tan largo asedio permaneció casi el mismo, pues los invasores sólo habían logrado apoderarse de San Javier y algunas manzanas circunvecinas, reducido todo á un montón de escombros. Viendo Forey aquella resistencia que no esperaba, se propuso agravar de mil maneras la situación de los sitiados para obligarlos á rendirse, negándose á la petición de los vicecónsules de los Estados Unidos y de Prusia, para que permitiera salir de la ciudad á las mujeres, niños y familias indefensas. "El Gral. francés cree, decía con tal motivo González Ortega, que por el terror de las familias obligará á la guarnición á rendirse; mas si esto cree se equivoca, pues los soldados que mando, y yo muy particularmente, estamos resueltos á defender manzana por manzana y edificio por edificio, aunque todo quede convertido en ruinas."

El 13 de Abril rompieron el sitio las caballerías mandadas por O'Harán y Riva Palacio, con ánimo de introducir víveres y municiones que faltaban, quedando reducida así á 12,000 hombres la guarnición. Las municiones y los víveres continuaron agotándose sin que de fuera lograrse recibir ningún auxilio el heroico ejército circunvalado. Todos los días había combates dignos de la epopeya. El 25 intentó Forey